

---

**D. 4 de Pascua / A**

El cuarto domingo de Pascua se conoce popularmente como el domingo del buen Pastor. Ya que, por una parte, el evangelio, en los tres ciclos, nos resalta la figura de Jesús como buen Pastor, tomada del capítulo 10 de san Juan (leyéndose cada año un fragmento diferente). También las otras dos lecturas harán eco de este mensaje. Y, por otra parte, la eucología incide en este mismo tema: así la oración colecta pide que «el débil rebaño de tu Hijo tenga parte en la admirable victoria de su Pastor» y la oración después de la comunión repite esta petición, llamando Pastor a Dios Padre: «Pastor bueno ... haz que el rebaño adquirido por la sangre de tu Hijo pueda gozar eternamente de las verdes pradera de tu reino».

**\* CRISTO, BUEN PASTOR**

En el evangelio de hoy Jesús se denomina a sí mismo como buen Pastor, donde todos nosotros, sus seguidores, seríamos las ovejas de su rebaño. A primera vista parecería que esta sencilla metáfora no precisa de explicación alguna. No obstante no debemos olvidar que en nuestra sociedad industrializada donde impera además la vida en la ciudad es cada vez más difícil ver pastores con sus rebaños. De tal modo que podemos hablar de algo que parte de nuestros fieles solamente han visto en fotografías o por televisión.

El pastoreo de Jesús se manifiesta en la eucaristía. Así, Jesús, nuestro buen Pastor, cada domingo nos preside la celebración: «donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20). Es principalmente en el sacerdote en quien lo vemos, pues lo representa sacramentalmente. Pero también todos los fieles formamos el cuerpo de Cristo, de modo que también hacemos visible a Jesús. Podemos hacernos todos, sacerdotes y fieles laicos, un examen para ver si realmente con nuestra vida hacemos visible a Jesús.

También Jesús, nuestro buen Pastor, cada domingo nos habla. En las lecturas de la misa escuchamos su voz que nos llama a seguirle y nos ofrece el ejemplo de su vida para que caminemos tras sus huellas. Debemos, por tanto, escuchar atentos: «las ovejas atienden a su voz» (evangelio).

Finalmente Jesús, nuestro buen Pastor, cada domingo nos alimenta. Él mismo se nos da como alimento cuando recibimos su cuerpo y su sangre bajo las especies del pan y del vino. Así quien le sigue «encontrará pastos» que dan vida (evangelio), haciéndose realidad las palabras del salmo responsorial: «en verdes praderas me hace recostar, me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas».

## \* CONOCER AL PASTOR

El pasaje evangélico que hoy escuchamos, destaca en el buen Pastor el conocimiento personal de sus ovejas: «él va llamando por el nombre a sus ovejas». Conocimiento que es recíproco: «las ovejas lo siguen, porque conocen su voz; a un extraño no lo seguirán». Tenemos aquí una invitación a profundizar en nuestro conocimiento de Jesucristo. La primera y segunda lectura pueden ayudarnos a presentar a los fieles la esencia de su vida: «al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías» (primera lectura); «cargado con nuestros pecados subió al leño... sus heridas os han curado» (segunda lectura).

## \* SEGUIR AL PASTOR

Pero, además de conocerlo, debemos seguirlo: «las ovejas lo siguen». Él camina por delante de nosotros (cf. evangelio) guiándonos «por el sendero justo» (salmo responsorial). «Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan» (salmo responsorial).

Su vida es para todos nosotros «un ejemplo para que sigáis sus huellas» (segunda lectura). Por el bautismo hemos sido configurados como discípulos de Jesús. Por el bautismo se nos perdonaron los pecados y recibimos el Espíritu Santo (cf. segunda lectura), pasando del dominio de las tinieblas a la luz de los hijos de Dios. Por tanto debemos andar en esa vida nueva. Andábamos «descarriados como ovejas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas».

## \* ANUNCIAR AL PASTOR

Tras el conocimiento y el seguimiento del Pastor, viene el anuncio. Los apóstoles que han descubierto que Cristo, tras la resurrección, ha sido constituido Señor y Mesías (cf. primera lectura) no retienen para sí este mensaje sino que lo difunden para que toda la humanidad («también los que están lejos», dirá san Pedro en la primera lectura) pueda formar parte del «rebaño que Dios se ha adquirido por la sangre de su Hijo» (cf. oración después de la comunión). De igual manera, nosotros, que hemos experimentado que Cristo resucitado es nuestro salvador, debemos comunicarlo. La alegría de la celebración de los misterios pascuales (cf. oración sobre las ofrendas) que nos invade debemos contagiarla.

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI